

toda respuesta se despojó de su peñador de batista y de sus zapatillas y se deslizó en mi cama como una culebra en un barreño de leche. Ella imaginaba sin duda que su traje me impedía solamente realizar demostraciones más precisas y que este era el único obstáculo que me retenía.

Creía la pobre mujer que la hora tan laboriosamente trabajada iba por fin á sonar para ella, pero lo único que sonó fueron las dos de la madrugada.

Mi situación no podía ser más crítica cuando la puerta giró sobre sus goznes y dió paso al mismo caballero Alcibiades en persona que llevaba una luz en la mano y la espada en la otra.

Se dirigió al lecho cuya cubierta separó con violencia y acercando la luz al rostro de Rosita confundida, la dijo con sarcástico acento.

—Buenos días hermana mía. Parece mi querida y virtuosa hermana, que habiendo juzgado que la cama del señor Teodoro era más blanda que la vuestra, habéis venido á acostaros en ella, ó bien creyendo que había espíritus en vuestra habitación

pensasteis que estaríais aquí más segura guardada por este caballero. No está mal pensado.

Y volviéndose hacia mí, continuó:

—Caballero de Serannes, habéis mirado dulcemente á mi hermana y creísteis sin duda que esto no tenía nada de particular. ¿Y sabéis lo que estoy pensando? que no estaría mal que nosotros dos tratáramos de agujearnos la piel, y si accedéis á ello, os estaré sumamente agradecido. Habéis abusado, señor Teodoro, de la amistad que os profesaba y me habéis hecho arrepentir de la buena opinión que tenía formada respecto á la lealtad de vuestro carácter, y eso está muy mal hecho.

Yo no podía defenderme de una manera precisa porque las apariencias estaban contra mí. ¿Quién me habría creído si hubiese dicho como era verdad que Rosita había llegado á mi habitación á pesar mío y que lejos de tratar de agradarla hacia todo lo posible por alejarla de mí?

No tenía más que una cosa que decir y la dije:

—Señor Alcibiades, estoy conforme con que nos agujeremos todo lo que vos queráis.

Durante este coloquio Rosita se había desmayado según las más sanas reglas de lo patético. Yo cojí una copa de cristal llena de agua y rocié con ella el rostro de la joven, que volvió en sí casi inmediatamente.

No sabiendo que actitud adoptar creyó lo más conveniente permanecer en la cama cubriendo su cabeza con la colcha como un pájaro que se prepara para dormir, y de tal modo fué reuniendo las al-

mohadas y las sábanas á su alrededor, que difícilmente pudiera comprenderse lo que había bajo aquel montón.

Algunos ligeros suspiros que brotaban de allí, de cuando en cuando, era lo único que demostraba que allí había una pecadora arrepentida ó cuando menos disgustada por no ser pecadora más que de intención y no de hecho.

Su hermano, algo más tranquilo respecto á su hermana, volvió á continuar el diálogo diciendo con acento un poco más suave:

—El que nos vayamos á matar en este momento no lo juzgo enteramente indispensable. Es un extremo que siempre estamos á tiempo de emplear. Por lo tanto, escuchadme. La partida no es igual entre nosotros; sois muy joven y menos vigoroso que yo; por lo tanto, si nos batimos, lo más posible es que os mate ó cuando menos tengo la seguridad de dejaros muy estropeado, y si he de hablaros con franqueza, no quisiera ni lo uno ni lo otro, porque tengo la seguridad que Rosita que está allí escondida y que no dice nada me aborrecería toda su vida porque es rencorosa y mala con esas apariencias de palomita sin hiel. Vos no lo sabéis, porque sois su príncipe Galaor y no habéis recibido de ella más que dulcísimas cartas, por lo tanto, como que Rosita es libre y vos también, puesto que sois bastante amigos y está á punto de terminar su luto de viuda, hay un medio para arreglarlo todo. Casas con ella y de este modo no tendrá necesidad de irse á acostar á su habitación y yo me evitaré agujer-

rearos la piel con mi espada, lo que no sería muy agradable para vos ni para mí. ¿No os parece que esto es lo mejor?

Yo debí hacer un gesto horrible, porque lo que me proponía era precisamente lo que menos podía aceptar.

Cualquiera otra cosa, por más absurda que fuese, por más imposible que pareciera, no hubiese vacilado en aceptarla, pero aquello era totalmente imposible.

Y sin embargo, la última proposición era indudablemente más agradable que la primera.

Alzibiades pareció muy sorprendido de que no aceptase con transporte su proposición y volvió á repetirla.

Entonces le contesté:

—Vuestra alianza no puede ser más honrosa para mí y yo no me hubiese atrevido jamás á pretenderla. Sé muy bien que esta unión sería una fortuna extraordinaria para un joven que todavía en el mundo no tiene rango ni posición, fortuna que aun los más ilustres se considerarían muy dichosos con poseerla. Sin embargo, yo me veo obligado á rehusarla y toda vez que tengo la libertad de elección entre el duelo y el matrimonio, prefiero el primero. Esto podrá pareceros un gusto muy singular, pero, ¡qué queréis! es el mío!

En este momento un gemido lanzado por Rosita demostró el efecto que le habían producido mis palabras.

Yo continué;

—No quiere decir esto que no ame á Rosita; por el contrario, la quiero apasionadamente, pero tengo mis razones para no casarme, razones que si os las pudiera decir las encontraríais excelentes. Por otra parte, las cosas no han ido tan lejos como las apariencias parecen demostrar. Fuera de algunas ligeras complacencias que un afecto un poco expresivo explica y justifica bastante, no hay nada entre nosotros que pueda constituir un peligro, y la virtud de vuestra hermana es seguramente la más intacta y la más limpia del mundo. Cumple á mi honor semejante declaración y después de esto tendréis la bondad de decirme á qué hora y donde nos hemos de batir.

—Aquí, y al momento,—repuso Alcibiades lleno de ira.

—¿Pero tenéis en cuenta que estamos delante de Rosita?

—Defiéndete, miserable, ó te asesino,—continuó blandiendo su espada.

—Pero al menos salgamos de esta habitación.

—Si no te pones en guardia, voy á clavarte en la pared, hermoso Celadón.

Y se adelantó hacia mí con la espada en alto. Yo saqué la mía porque lo habría hecho como lo decía, contentándome al principio con parar los golpes que me dirigía.

Rosita hizo un esfuerzo supremo para venir y arrojarse entre nuestras espadas porque ambos le éramos queridos, pero le faltaron las fuerzas y cayó á nuestros pies perdido el conocimiento.

Nuestras espadas despedían chispas, haciendo un ruido infernal, pues como el espacio era reducido, nos obligaba á luchar con nuestras armas á muy corta distancia.

Alcibiades estuvo dos ó tres veces á punto de tocarme y si no hubiese sido yo tan buen maestro de esgrima, mi vida habría corrido gran peligro, porque mi adversario tenía una destreza extraordinaria y una fuerza prodigiosa.

Pero á pesar de haber agotado todos los recursos que su habilidad podía facilitarle, no consiguió tocarme, lo que le irritaba de tal modo, que por dos ó tres veces quedó en descubierto.

No quería aprovecharme de semejante ventaja, pero viendo que él volvía á la carga con un encarnizamiento extraordinario, me ví obligado á aprovecharme de las ventajas que él mismo me daba.

Además, aquel choque del hierro contra el hierro, las chispas que brotaban de aquel choque constante, me embriagaba y me desvanecía.

No pensaba en la muerte ni experimentaba temor alguno.

Aquella punta de acero aguda y mortal, que constantemente tenía ante la vista, no me producía mayor efecto que si me hubiese estado batiendo con floretes embotonados.

Únicamente lo que sentía en aquellos momentos era indignación por la brutalidad de Alcibiades y el convencimiento de mi inocencia la aumentaba todavía más.

Yo quería tocarle en un brazo ó en el hombro,

para obligarle á que soltase la espada, pues había procurado en vano hacérsela saltar, porque su puño era de hierro y ni el mismo diablo hubiera conseguido arrancársela de la mano.

Una vez me dirigió una estocada tirándose á fondo y no pude parársela sino á medias.

Me atravesó la manga, sentí el frío del acero, pero no me hirió.

Entonces me llené de ira y en vez de defenderme, ataqué con furia.

Ya no pensé que era el hermano de Rosita y caí sobre él como si fuera mi más mortal enemigo.

Aprovechando una falsa posición de su espada, le dirigi una estocada con tanto acierto, que lanzando un ligero grito, cayó al suelo de espaldas.

Le creí muerto, pero realmente no estaba más que herido y su caída fué producida por un paso en falso que había dado.

No puedes imaginarte, Graciosa mía, la sensación que esperimenté, como si no hubiera debido comprender que al introducirse la espada en la car-

ne debía abrir en ella un agujero por el cual brotase la sangre.

El caso fué que presa de un estupor extraño miraba aquellos hilos rojos que iban extendiéndose sobre el pecho de mi contrario.

Puedo asegurarte que jamás he experimentado una sorpresa tan grande como entonces.

Me parecía que me hubiera ocurrido algo desconocido que me aturdió.

Y esto desconocido, no era por cierto ver la sangre que brotaba de una herida; lo que me sorprendía era que esta herida fuese mía, de una mujer de mi edad (iba á escribir aquí un joven, de tal modo estaba poseída de mi papel), que una mujer de mi edad, repito, fuera quien la había hecho; yo, quien había tendido en tierra á un capitán tan vigoroso y fuerte como era Alcibiades, y esto por causa de un crimen de seducción y negativa á contraer matrimonio con una mujer muy rica y muy encantadora.

Te aseguro que me encontraba en una situación bastante embarazosa con la hermana desmayada; el hermano, á quien creía muerto, y yo misma que no estaba muy lejos de desmayarme ó morirme, como uno ú otro.

Mas como era preciso poner término á aquella situación, me colgué del cordón de la campanilla y la hice sonar de un modo capaz de despertar los muertos, hasta que me quedé con el cordón en la mano.

Seguro ya de que los criados acudirían y dejando á los dos hermanos que esplicasen lo ocurrido á los criados y á la anciana tía lo que había pasado, corrí á la caballeriza.

El aire me hizo recobrar un poco mi aplomo.

Saqué mi caballo y con la mayor calma y el cuidado más minucioso, le ensillé, poniendo gran atención hasta en el detalle más insignificante.

Una vez hecho esto, monté en mi caballo y atravesé el parque por un sendero que yo conocía.

Las ramas de los árboles, llenas de hojas y flores, me azotaban el rostro y podría decirse que los viejos troncos extendían sus brazos seculares para detenerme y guardarme para el amor de su castellana.

Si hubiera estado en otra disposición de ánimo, ó hubiera sido algo supersticioso, hubiera creído que aquellos árboles eran fantasmas que trataban de cogerme y que me amenazaban con el puño.

Pero en realidad yo no tenía ninguna idea.

Una especie de estupor, de aplomo tan fuerte que casi no tenía la conciencia de lo que sentía, me oprimía el cerebro como un casco demasiado estrecho para mi cabeza.

Únicamente recordaba que había muerto á una persona y que por esta razón tenía que huir.

Sentía al mismo tiempo también una gran necesidad de descanso.

Fuera por lo avanzado de la hora, fuera porque la violencia de la emoción de aquella noche me ha-

bían producido una reacción física, me sentía corporalmente fatigado y necesitaba reposar.

Llegué hasta una pequeña poterna que daba al campo y que se abría por medio de un mecanismo, cuyo secreto me había enseñado Rosita, me bajé del caballo, toqué el botón, quedó franca la salida, volví á montar, y aplicando las espuelas á los flancos de mi corcel, partió á galope hasta salir á la carretera de C... á cuya población llegué al amanecer.

Aquí tienes la historia fiel y circunstanciada de mi primera aventura amorosa, y de mi primer duelo.

